

Opinión

Libertad de prensa, un derecho irrenunciable

EL MIRADOR

Ana María Cervera

Fundación por la Justicia



«Estoy en desacuerdo con lo que dices, pero defenderé hasta la muerte tu derecho a decirlo»

Esta cita, atribuida a **Voltaire**, y que en realidad nunca pronunció, sino que fue citada por su biógrafa británica **Evelyn Beatrice Hall**, recreando el talento y las ideas liberales del filósofo ilustrado francés, sintetiza de manera gráfica el espíritu de la celebración anual del Día Mundial de la Libertad de Prensa, que desde 1993 se celebra cada 3 de mayo.

Esta efeméride fue proclamada por la Asamblea General de la ONU a instancias de la UNESCO, y recuerda que, según establece el artículo 19 de la Declaración Universal de los Derechos Humanos, la libertad de expresión es un derecho fundamental: «Todo individuo tiene derecho a la libertad de opinión y de expresión; este derecho incluye el de no ser molestado a causa de sus opiniones, el de investigar y recibir informaciones y opiniones, y el de difundirlas, sin limitación de fronteras, por cualquier medio de expresión».

Libertad de expresión y libertad de prensa caminan unidas. Y, también, la libertad de pensamiento. No en vano, el Premio Nacional de las Letras Españolas **José Luis Sampedro** apuntaba que «sin libertad de pensamiento, la libertad de expresión no sirve de nada».

Estamos hablando de tres piedras angulares para el desarrollo social, cultural y político que han definido el recorrido de la ciudadanía desde el surgimiento de la primera burguesía y de la imprenta, en el siglo XV, hasta el

despegue del Siglo de las Luces, el XVIII, que aportó los conceptos de democracia, participación, educación y desarrollo económico.

Pero desafortunadamente los tres pilares que reivindicamos, pensamiento, expresión y libertad de prensa, no están presentes en todos los países ni en todos los grupos sociales y, precisamente, cada 3 de mayo se busca la oportunidad de evaluar la libertad de prensa a nivel mundial, de defender los medios de comunicación de los ataques sobre su independencia, así como de rendir homenaje a los periodistas que han perdido sus vidas en el desempeño de su profesión.

No corren buenos tiempos para el buen periodismo y la libertad de prensa. Sin ir más lejos, el Instituto Internacional de Prensa señalaba en 2021 la muerte de 45 periodistas en el ejercicio de su profesión, una gran mayoría en Latinoamérica. Libertad de prensa, desarrollo y democracia son retos que aún están por alcanzar en muchas partes del mundo. Y el buen periodismo, la «libertad de decir lo que la gente no quiere oír», en palabras de **George Orwell**, es un arma frente a las tiranías y un bastión defensivo para la ciudadanía que tiene derecho a saber. La información se convierte así en un bien común, que hay que asegurar.

Albert Camus, que junto con Orwell rechazaba dogmas y totalitarismos, afirmaba que «una prensa libre puede ser buena o mala, pero sin libertad, la prensa nunca será otra cosa que mala». Ya era consciente, a la vez, del enorme peligro que suponía, en un siglo XX en el que el poder de la prensa se había agigantado, la desinformación, la falta de

ética o la manipulación interesada.

Y en esas estamos. Precisamente, la celebración auspiciada por la UNESCO este 3 de mayo de 2022 alberga en Punta del Este (Uruguay) la conferencia, que, con el lema «Periodismo bajo asedio digital», debatirá el impacto de la era digital en la libertad de expresión, la seguridad de los periodistas, el acceso a la información y la privacidad. Nuevas asechanzas a la libertad de prensa en el siglo XXI y en una década dominada dramáticamente desde su inicio por una pandemia y, ahora mismo, por una guerra en la que nadie queríamos creer.

Frente al peligro real de la desinformación, de las fake news, el mal entendido «periodismo de calle», la vulneración del derecho a saber, a expresarse y a decidir, que ejercen hoy mismo gobiernos tiranos en los cinco continentes, Fundación por la Justicia está comprometida desde sus inicios, hace casi tres décadas, en la defensa de los Derechos Humanos, la Justicia y la Libertad en todas sus manifestaciones, desarrollando una parte especial de estas acciones en El Salvador, con el Tribunal Internacional de Justicia Restaurativa.

Además, junto con acciones de sensibilización y defensa de colectivos vulnerables en otros países centroamericanos, como Guatemala, la Fundación abanderará un nuevo proyecto que persigue concienciar a la ciudadanía valenciana sobre la situación de violencia, hostigamiento, discriminación y violación de derechos sufridos por periodistas y defensores de los derechos humanos vinculados a la libertad de prensa y expresión en El Salvador.

La libertad de prensa –la libertad– es un derecho irrenunciable. La comunicación, el criterio, la información van indisolublemente unidos al desarrollo y al bienestar. **Ryszard Kapuscinski**, uno de los mejores reporteros internacionales, -que fue maestro de la Fundación Nuevo Periodismo Iberoamericano y también Premio Príncipe de Asturias por su preocupación por los sectores más desfavorecidos y por su independencia frente a presiones de todo signo-, afirmaba que «las malas personas no pueden ser buenos periodistas». Apostemos por ello.

lectores

ASÍ ES COMO MEJOR TE QUEDA

► Todo el mundo ansía el verano y a una parte de mí le preocupa. Otro año que no sé hasta qué punto me siento conforme con mi cuerpo, llevo así toda la vida y es agotador: tener que prepararse para el verano, operación bikini... ¡que se acabó ya! Poco a poco vamos avanzando en aceptar todo tipo de cuerpos y aceptarnos a nosotras mismas, pero es tan complicado... Una idea clavada en nuestras mentes que se refuerza día a día con post y fotos en redes sociales donde destacan cuerpos perfectos y un precioso vientre plano y sí, soy consciente de que parte de lo que vemos no es real, pero cuánto daño hace no parecerse a esa irrealdad. No lo niego, me cuesta, es trabajo, pero me lo he propuesto, no quiero que se convierta en un martirio, ya vivimos suficientes cosas que nos pueden atormentar, que el peso no lo sea. El verano es felicidad, es sol, es diversión, es evitar las preocupaciones así que, si me estás leyendo, te animo a que te pongas tu bikini o tu bañador y sonrías más que nunca porque así es como mejor te queda. **Mar Nieto**. La Cañada. PATERNA

Las cartas que los lectores envían a esta sección deberán ser originales y exclusivas y no excederán las 20 líneas a 66 espacios, o 1320 caracteres. Es imprescindible que los textos estén firmados y que figure el domicilio, teléfono y número del DNI o pasaporte de sus autores. Levante-EMV se reserva el derecho de publicarlas, así como de resumirlas o extractarlas cuando lo considere oportuno. No se devolverán los originales no solicitados, ni se facilitará información postal o telefónica sobre ellos. levante.lectores@pl.es

Recuerdo hace más de treinta años, cuando estudiaba bachillerato, que casi todas las tardes iba a la biblioteca. La biblioteca era un lugar ídolo. Dentro de sus pasillos, dispuestos en las estanterías, habitaban miles de libros clasificados por las distintas ramas del conocimiento. El silencio de los lectores se entremezclaba con el olor, a césped recién cortado, que desprendían los papiros y pergaminos. Allí, en la mesa del fondo junto a una ventana que daba a un patio de luces, pasaba las horas muertas leyendo a los clásicos del pensamiento. Hoy, las tornas han cambiado. La gente casi no frecuenta las bibliotecas. Y no las frecuenta, queridísimos amigos, porque han sido sustituidas por Internet. Los buscadores, como Google, se han convertido en las salas bibliográficas del ayer. A golpe de clic, los estudiantes obtienen la información que necesitan, sin necesidad de desplazamientos. Sin formar cola en el mostrador del bibliotecario. Y sin la incomodidad de devolver el libro en el plazo estipulado. El libro de papel, aunque se siga leyendo, pierde fuelle en los túneles del ahora.

Echo de menos, se lo decía el otro día a

Libros de papel

A PIE DE PÁGINA

Abel Ros

Sociólogo



Peter, a jóvenes, y no tan jóvenes, leyendo en las paradas de metro. Casi no hay gente leyendo bajo las sombrillas de la playa. Ahora todo son móviles y tabletas. Se está perdiendo el ritual de la lectura. Se pierde, mal dicha sea, el libro encima de la mesita de noche. Se pierde la sensación de leer bajo el fle-

Casi no hay gente leyendo bajo las sombrillas de la playa, y se pierde el libro encima de la mesita de noche

xo del despacho. Y se pierde la sensación agradable de tener un libro entre las manos. Mucha gente huye del papel. Sin papel, muere el soporte por antonomasia del conocimiento. Mueren las cartas entre enamorados, aquellas cartas de amor donde la prosa se decoraba con metáforas y rimas. Hemos presenciado el entierro de la correspondencia entre escritores. Echo de menos las cartas mediáticas entre literatos. Se pierde la cultura del papel. Y con ella, los buzones de correos, los periódicos del quiosco y esos objetos rectángulos que todavía llamamos libros. Se nos ha colado el wasap en nuestras vidas, los diarios y las pizarras digitales. Ahora somos digitales. Fallecieron los escribas y quienes, por su buena caligrafía, cobraban

por escribir a quienes no sabían las voces del ajedrez.

Se han perdido aquellas cartas manuscritas de los tiempos olvidados. Cartas escritas despacio y con buena letra. Cartas de soldados de guerra, exiliados y desterrados. Cartas con letras capitales, besos clandestinos y mensajes encriptados. Echo de menos aquellos puntos sobre las íes. No se me olvidan los temas escritos, de su puño y letra, por don **Jacinto**, el profesor de latín. Eran temas ordenados. Temas encuadrados en el folio en blanco. Temas sin renglones torcidos ni palabras encogidas. Eran temas realizados con «letra de imprenta», con letras similares a las de las máquinas de escribir. Jacinto decía que el bolígrafo debía acariciar el folio. Debía fluir a lo largo y ancho del pergamino. Ya casi no existen escribas como él. La caligrafía cada vez es peor entre los adolescentes. Los jóvenes estudian delante del ordenador. Las teclas han sustituido a los bolígrafos del ayer. Y esto es el coste que debemos pagar por el progreso. Debemos pasar página al ayer como la pasábamos a aquellos libros que, noche tras noche, nos aguardaban en la mesita.